

y sólo así a comprender  
mi ventura llegarás...

¡Ni más tú debes saber  
ni decir yo puedo más!...

Con misterio.

Resuena un clamor de trompas  
de caza.

¡Adiós!... A la cetrería  
me llama el áureo clamor  
de esos clarines... ¡Buen día  
de caza!... Será el mejor

que en mi existencia he tenido!...

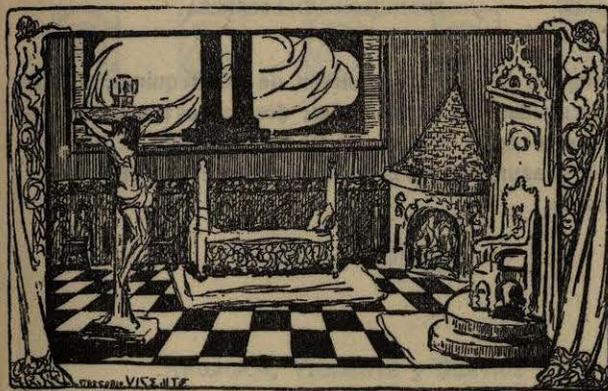
¡Hoy mi halcón a cazar va  
el bien que lloraba ya  
eternamente perdido!...

Se va precipitadamente por el  
fondo entre el clamor de las trom-  
petas, dejando a Angélica turbada  
en el centro de la escena, mientras  
desciende lentamente el telón.



## ACTO SEGUNDO

### ACTO SEGUNDO



## ACTO SEGUNDO

Salón gótico en el palacio del rey Arturo. Al fondo, una amplia galería abovedada que cierra el balaustre de mármol de la escalinata que conduce a los jardines. Por el hueco florido de los arcos resplandece la maravilla de las frondas envuelta en la plata azulosa y deslumbrante del plenilunio. A la derecha, dos grandes puertas que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda, otra puerta oculta por un rico tapiz, que sirve de entrada al reposorio de la Princesa; y en el mismo lado, a segundo término, un Cristo de talla, en una hornacina empotrada en el muro, iluminado por una lámpara de plata. La luz de la lámpara alumbra tristemente la escena. Sillones de alto respaldo en cuyos remates, sostenidas por dos

ángeles de bronce, que sirven de lambrequines, brillan, esculpidas, las armas reales: dos leones rampantes de oro en campo de plata. En las garras de uno se abre un lis de azur, y en las del otro se retuerce una serpiente de sable.



## ACTO SEGUNDO



Salen todos en el patio del Rey Arturo. Al fondo una amplia galería abovedada que sirve de pórtico al mirador de la escalinata que conduce a los jardines. Por el fondo fondo de los muros resplandecen la gran-za de las frías estatuas de los grandes señores y de las de las grandes señoras. A la derecha, dos grandes puer-que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda una puerta oculta por un rico tapiz que sirve de entrada al apartamento de la Princesa y en el mismo lado a segun-da izquierda, en el fondo de la sala, en una hornada empotrada en el muro, iluminada por tres ventanas de pino. La sala de la izquierda siempre está vacía. Siempre en este espacio en el que se ven, resplandeciendo por los



## ESCENA PRIMERA

ANGÉLICA, VIOLANTE y BEATRIZ.

Conversando, en voz baja, en el centro de la escena.

VIOLANTE

¡Malhaya la cetrería,  
que a este reino va a dejar  
como a un huerfanito ciego  
perdido en la obscuridad!

BEATRIZ

Al internarse en el bosque  
la comitiva real,  
el corcel del rey Arturo  
resbaló en un matorral,  
y a tierra, con su jinete  
malherido, vino a dar!

## ANGÉLICA

Y cuatro pares del reino,  
los de más noble solar,  
en hombros, sobre un escudo,  
lo entraron en la ciudad!

Los ojos vítreos traía  
y ensangrentada la faz,  
¡y las gentes sollozaban  
al contemplarlo pasar!

## BEATRIZ

Y luchando con la muerte  
lleva una semana ya!...

## VIOLANTE

¡Malhaya la cetrería,  
que a esta tierra va a dejar  
como enlutada viuda  
sin amparo y sin hogar!

Pequeño silencio.

## BEATRIZ

Y no habla nada?...

## ANGÉLICA

Tan sólo  
a su estancia mandó entrar  
a la Princesa y al Conde:  
—¡Hijos— exclamó— doblad  
la rodilla, y recibid  
mi bendición paternal,  
que quiero veros casados  
antes que llegue a expirar!—

Era su voz un gemido;  
y al esfuerzo para hablar,  
sobre su pecho, veíase  
su lengua barba temblar!...  
Y hoy, junto a su mismo lecho,  
levantaron un altar,  
y a presencia de la Corte  
les ha unido el Cardenal!...

Los novios y el moribundo  
comulgaron a la par!...

Y a la Princesa causó  
tal impresión, que al final,  
desmayada hasta su lecho  
la tuvieron que llevar!...

BEATRIZ

Y el novio?...

VIOLANTE

A la Corte entera  
ha mandado convocar  
esta noche, no se sabe  
con qué objeto... Mas será  
alguna nueva desgracia,  
que cuando los lobos dan  
en atacar un rebaño,  
no paran hasta acabar,  
porque los hambrientos llegan  
cuando los hartos se van!

Con recelo, como si temiese que  
la oyeran.

Se dice que de su hermano  
Lotario,—de aquel galán  
tan apuesto y generoso,  
que en vísperas de casar  
con la Princesa, encontraron  
muerto sobre ese cristal,—

Señalando al lago.

el secreto de la muerte  
ha logrado averiguar...  
¡Y ante ese Cristo ha jurado  
su noble sangre vengar!...

BEATRIZ

Sin poder contenerse.

Si la Infantina quisiera,  
bien le pudiera informar!...

Todas se estremecen al escuchar  
el nombre aborrecido.

ANGÉLICA

La Infantina es una víbora  
enroscada en un rosall!...

Y ¡ay! de aquel, que de sus flores  
quiera el perfume aspirar,  
que en sus venas la ponzoña  
de la muerte sentirá!...

BEATRIZ

Parece que en estos días  
ha aumentado su crueldad...

ANGÉLICA

Profundamente emocionada, con  
un dejo de ira en sus palabras.

Ayer azotó a una esclava  
con tanta ferocidad,  
que la sangre de la mísera,  
de las venas al brotar,  
bordó de vivos rubíes  
el tisú de su briall...

Y hasta a Gastón, su halconero,  
de grillos mandó cargar,  
encerrándole en la torre  
más alta de la ciudad...

Y gracias que la Princesa  
se interpuso, si no ya  
tan sólo nos quedaría  
de tan bizarro galán,  
un esqueleto pendiente  
del garfio de un almenar!...

BEATRIZ

¿Por qué con él tanta saña  
siendo su paje?...

VIOLANTE

Viendo aparecer por la primera  
puerta de la derecha a Micer Har-  
roldo.

¡Callad!...

De la Cámara del Rey  
sale el Canciller Real!...

Todas se aproximan ansiosamen-  
te al que sale, para inquirir noticias.





## ESCENA II

DICHAS Y MICER HAROLDO

VIOLANTE

¿Cómo sigue el Soberano,  
Micer Haroldo?...

HAROLDO

¡Muy mal!  
Con el fulgor de esa luna  
su vida se apagará,  
pues dicen que su destino  
ligado a Luna está,  
y del destino las leyes  
nadie las puede burlar!

BEATRIZ

Micer Pietro, el florentino,  
con su ciencia ¿no podrá  
salvarle?...

VIOLANTE

Dicen que ha hecho  
tales prodigios, que más  
que prodigios son milagros!...

HAROLDO

Severamente, señalando al Cristo.

¿Milagros?... ¡No blasfemad!...  
¡Sólo Aquél que en el madero,  
clavado y sangrando está,  
sólo Aquél, de hacer milagros  
y prodigios es capaz!

La ciencia del hombre es solo  
vanidad de vanidad:  
humo que más se disipa  
cuanto se levanta más!

ANGÉLICA

Mas cuentan que el florentino  
al señor de Mirabal,

que volvió de las Cruzadas  
leproso, con solo untar  
sus lacras, con hierbas de esas  
que crecen en la humedad  
de los pantanos del Ródano,  
la lepra logró curar...  
¡y hoy es gala de Provenza  
el señor de Mirabal!

VIOLANTE

Y al Papa, que en Avignón  
es luz de la Cristiandad,  
¿no fué Micer Pietro quien  
sanó de su enfermedad,  
de la enfermedad que todos  
reputaban de mortal? ..

HAROLDO

Ni al Soberano Pontífice  
ni al baronel provenzal

su hora les hubo llegado,  
 como le ha llegado ya  
 al Monarca que a estos reinos  
 sin cabeza va a dejar!...

BEATRIZ

¿No hay esperanza?...

HAROLDO

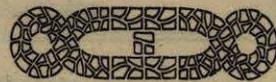
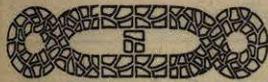
¡Ninguna!...

Ya ha empezado a agonizar...  
 La noticia por el reino  
 voy a mandar pregonar...  
 ¡Vosotras, arrodilladas,  
 pedid al cielo piedad  
 por su alma, porque presto  
 oiréis, medrosas, doblar  
 por nuestro Rey, las campanas  
 de la vieja Catedral!...

Sale lentamente por la galería del  
 fondo. Las damas le siguen, y mien-

tras él desciende por la escalinata,  
 se agrupan conmovidas al amparo  
 de los arcos, y así permanecen un  
 instante, contemplando el encanto  
 blanco y perfumado de la noche  
 plenilunar.





### ESCENA III

TODAS MENOS MICER HAROLDO

ANGÉLICA

¡Qué noche!... No sé qué tiene  
la Luna, qué hay en el viento,  
que dentro del pecho siento  
que el corazón se detiene

como encogido de espanto,  
y hasta mis pupilas sube  
algo así como una nube  
que quiere estallar en llanto!...

Todas se estremecen y se estre-  
chan entre sí aterradas, mientras

desgarra el silencio el alarido de un  
pavo real.

### VIOLANTE

¿Oyes?... Los blancos pavones  
en los altos balaustres,  
estremecen sus plumajes  
en medrosas convulsiones;

y su alarido resuena  
en la noche limpia y clara,  
igual que si un alma en pena  
por el silencio pasara!...

### BEATRIZ

Temblando entre los jazmines  
la Luna es como un sudario  
que amortaja el solitario  
ensueño de los jardines.  
En el pavor de la hora  
callaron los ruiseñores,  
y hasta parece que llora  
la voz de los surtidores!...

### ANGÉLICA

Hay como un sordo lamento  
de garganta estrangulada  
en el suspirar del viento  
entre la verde enramada!...

Y los golpes del batán  
me estremecen de pavora...  
¡Parece, Beatriz, que están  
cavando una sepultura!...

Reparando en la lámpara. Todas  
se vuelven aterradas.

Y hasta la luz temblorosa  
de la lámpara que arde  
al pie del Cristo, cobarde  
se agita y tiembla medrosa;

y su círculo movable  
de sombra, a veces, se para,  
cual si apagarla intentara  
alguna boca invisible!...

Pequeña pausa. Se dirigen al am-  
paro de la santa hornacina.

BEATRIZ

¡Ay, tengo miedo!

Se arrodillan al pie de la Cruz,  
con las manos tendidas en una fer-  
vorosa imploración.

VIOLANTE

¡Señor,  
por tus angustias y por  
los martirios de la Cruz,  
ampara al Rey!...

BEATRIZ

¡Dadnos luz  
en esta noche de horror!...

ANGÉLICA

¡Por la corona de abrojos  
que aún sangra sobre tu frente;  
por el llanto de tus ojos,  
ampáranos, Dios clementel!...

Permanecen inmóviles orando,  
mientras por la galería del fondo,  
bajo el hechizo misterioso de la  
Luna, aparecen Rosaura y Gastón.  
Al rumor de los pasos sobre el lo-  
saje de mármol, las orantes se agi-  
tan, estremeciéndose de terror, pe-  
gándose las unas a las otras en un  
abrazo de miedo: tal un rebaño al  
sentir las pisadas cautelosas de las  
fieras hambrientas.

ESCENA IV

